



CAPÍTULO XIII

ARISTOCRACIAS FUNCIONALES

Y dado que la teoría en que se funda el Estado moderno es democrática, busquemos cuál es el modo de educación que corresponde a una sociedad con sentido igualitario, que es asimismo cristiano.

Es doctrina comúnmente aceptada por el político moderno que toca al Estado encargarse de la educación y que este servicio debe hacerse extensivo a todos los habitantes, aun más allá de la órbita de la ciudadanía. La Iglesia demuestra el mismo propósito de hacer un fiel de cada habitante del globo. Pero entre las naciones, corresponde a los Estados Unidos la gloria de ser la primera que emprendió en grande la tarea de educar multitudes. Lo hizo en extensión y en hondura, con tal eficacia que gracias a la escuela primaria se alzó en el norte del Nuevo Mundo un poderío sin ejemplo en la historia por la rapidez del crecimiento y aun por ciertos rasgos morales. La escuela primaria evitó que los cien millones de hombres de todas las razas se convirtieran en una Babel inorgánica. La escuela primaria evitó la desmembración en pequeños países y consolidó un tipo humano vigoroso. Y si casi todo esto se ha derrumbado en los últimos tiempos no es por culpa de la escuela, sino a pesar de ella. También, según se explica posteriormente, porque no supo la escuela pública elevarse por encima del fin netamente social que le daba vida. Fue nada más escuela social la de Norteamérica y con los yerros de la sociedad que la engendrara; por eso no resistió a la prueba.

Al comienzo, su tarea fue épica. Civilizar un ambiente, convertir en homogéneo un pueblo dispar, producir técnica avanzada donde antes imperaba el desierto. Reemplazar el código sanguinario del piel roja con la libertad que ampara a todas las gentes. Los pueblos del norte de Europa también deben a la escuela primaria resultados brillantes.

La difusión de la enseñanza es, pues, el empeño característico de la democracia, a diferencia de los antiguos Estados o bien de mandarines; castas destinadas a función especial, pero con total descuido de las mayorías. La educación primaria universal inicia el despertar de las masas, y las naciones que primero la implantan son las que se ponen de súbito en la vanguardia de la historia contemporánea.

Desde que la escuela primaria se convierte en factor de la vida social, el aspecto mismo de la Historia cambia y deja de ser esfuerzo de grupos para convertirse en movimientos de multitudes. Y hoy ya no se habla de dinastías, último resabio de la institución tribal, sino de naciones y de razas repartidas en continentes, aglutinadas por lenguas o, según genérica expresión, por culturas. En cierto sentido, la escuela primaria es la célula de este nuevo tipo de agregado histórico: la multitud, subdividida de acuerdo con caracteres mentales en latina y sajona, nórdica y mediterránea, europea y asiática. A partir del siglo XIX, el siglo de la escuela y de la pedagogía, el mundo se mueve por culturas más que por naciones, y la lucha en todos los órdenes es, más que nacional, cultural. Los nacionalismos fraccionarios toman ellos mismos su validez de la posibilidad de referirse a determinados rasgos no sólo étnicos, sino también culturalmente característicos; por ejemplo, el sajonismo, el germanismo, el latinismo, la hispanidad o lo asiático.

Consecuencia de esta dilatación del actuar colectivo es la transformación operada en la índole del grupo dirigente, que necesariamente opera dentro de cada uno de los movimientos de masa. Las antiguas aristocracias ya no corresponden a las necesidades directivas del presente. Hállanse sobrepasadas y pasadas de moda, inútiles, como toda supervivencia. Y esto no precisamente por

rebelión de las masas ni por inversión de valores, sino por cambio de instrumental operativo apropiado a las nuevas funciones del complejo colectivo. En todo tiempo, en rigor, las aristocracias han sido personificación de la faena por el momento más interesante de un pueblo. No hurgaremos en la vieja lista: teocracia, milicia, burguesía, plutocracia; baste señalar que cada aristocracia representa una selección humana en el sentido de la aptitud para el desempeño de una tarea social urgente y estimada. Urgente es el servicio de atarjeas, pero no es estimable; por eso nunca ha habido una aristocracia de fontaneros. El ingeniero de drenajes, sin embargo, junto con el técnico de la construcción y asociado al plutócrata, sí ha sabido, en los tiempos que corren, ganar consideración mayor que, pongo por caso, un militar o noble a la antigua, especialista en matar; mayor también que la de un poeta, que canta al que mata. En todo caso, el concepto de la consideración Social ha ido cambiando según la urgencia y estimación que merece el servicio que presta, o dice prestar, el grupo que aspira a la conducción y el señorío. Esto mismo nos da otro carácter de la aristocracia contemporánea, que no es fija y hereditaria, sino temporal y cambiante.

Por eso se equivocan tan rotundamente los pedagogos de ciertas escuelitas modernas para jóvenes ricos cuando imaginan que preparan minorías directivas futuras. A pesar de la vieja nobleza acomodada que las respalda, ya ni Oxford ni Cambridge sostienen tal posición frente al avance creciente de los diputados laboristas, formados en la igualitaria escuela pública. De esta suerte se liquidan las aristocracias, pero la masa sigue dirigida por minorías. El mundo moderno, más ágil que el antiguo, prescinde rápidamente de los que serían aristocracia por simple herencia y los reemplaza con los que son aristocracia por derecho de la función que desempeñan. Mantener por los siglos de los siglos a los descendientes de Luis Onceno, porque éste mató a unos cuantos nobles rivales, es caso de inercia social. Ni con los hijos del que inventó la lámpara eléctrica o del que hizo el automóvil carga la sociedad contemporánea; se conforma con dejarles el disfrute condicionado de ciertos bienes materiales hereditarios. Así la aris-

tocracia del mundo contemporánea se renueva en cada generación. Y alcanza un brío insospechado antaño. Lo mismo ocurre con las minorías y los individuos que prestan servicios importantes al Estado. Ningún rey ha hecho por su país lo que Lincoln a favor de los Estados Unidos, lo que Andrés Bello a favor de Chile; pero más crecen en la estimación pública estos estadistas democráticos cuando se reflexiona en que no han dejado hijos o nietos a pesar sobre sus semejantes como mantenidos del Estado. La inteligencia nunca ha reclamado para los suyos el premio que cínicamente se asignan o se asignaban los aristócratas del hecho turbio, la hazaña guerrera. Es claro que tampoco la santidad ni el arte han andado reclamando herencias.

El sentido y el alcance del concepto de aristocracia se transforman a partir de la fecha en que la escuela primaria remueve la masa y le infunde cultura. El Estado antiguo impone su aristocracia que a menudo le es extranjera; el Estado moderno engendra su aristocracia y voluntariamente la acepta. No hablo, claro está, de la plutocracia, llaga de la fisiología social, sino de las minorías directoras que operan noblemente en el seno de una nación. Se caracterizan dichas minorías dirigentes por una mayor aptitud en la función especial más urgente de cada época. Entonces, al hermanarse los conceptos de aristocracia y de aptitud, la confusión de casta y de aristocracia desaparece. Una aristocracia en el Estado democrático no es una casta, sino una aptitud. La jerarquía de las aristocracias, o sea, de las minorías aptas, dependerá en seguida de la urgencia, estimación y eficacia del servicio prestado. Retengamos el concepto de aristocracia como aptitud para el servicio de la comunidad. Por él se alcanza una conclusión esencialmente democrática y cristiana de la idea aristocrática, a saber; en ciertos aspectos todos somos masa, y, en otros, casi ninguno deja de ser aristocracia. Ya lo dijo Bernard Shaw, el bufón de la democracia contemporánea: «Cuando estreno una obra en el teatro, soy un genio comparado con mi chofer; cuando, en seguida, mi chofer me lleva a casa a noventa kilómetros, soy yo quien lo mira como a un genio.» En resumen es esto lo que he querido designar con el nombre, no poco pedante, de de-

mocracia funcional. O sea, colocar a la cabeza de cada función a los más aptos para desempeñarla. En las leyes del desarrollo natural se le podrían buscar apoyos al nombre nuevo de tesis tan vieja, pero prefiero limitarme a decir que la democracia no ha de ser niveladora en el sentido de estorbar la acción de las minorías selectas. Niveladora en cuanto pone los útiles del saber en todas las manos y así provoca más variada eclosión de aristocracias. Donde antes no había sino aristocracia de sangre, hoy existen aristocracias de aptitud, tan numerosas que escapan a la catalogación. Sin ellas no sería posible mantener el Estado moderno, tan diferente de las tribus que bailaban frente a espejos en Versalles o se batían a lanza en la Europa medieval y en Mongolia.

Intelectuales llorones, contagiados del prejuicio de la vieja aristocracia de sangre, ambiciosos de prebendas, se duelen en la actualidad de que las masas insurrectas, indiferentes al mérito, amenazan barrer con los equipos de selección. Sin negar nosotros que hoy, como ayer, la sociedad está dominada por fuerzas impuras que alejan del mando a los aptos y a los buenos, y aun antes de entrar a examinar cuáles son los buenos y los aptos para el mando, afirmemos la ventaja del aristocratismo democrático, asentado en la aptitud para la función que se desempeña. Moralmente nos predispone a la humildad y contribuye, por lo mismo, a establecer paz entre las gentes. Pues en lugar del aristócrata, que por serlo se creía con derecho a todo y con deberes que él mismo reglamentaba, tenemos hoy el técnico celoso de su especial aptitud y en ella revestido de autoridad y de responsabilidad, pero respetuoso de la acción ajena en las materias que sobrepasan su comprensión. La calidad humana crece de esta suerte en intensidad. No se produce nivelación en el sentido de rebajamiento, sino que se multiplica la aptitud; se le aumentan a la masa las cabezas, y es como si le saliesen nuevos centros nerviosos al cerebro colectivo. El sentido del mando, tan caro a las anteriores aristocracias, se transforma en una noción de orden coordinado. Y tocará al filósofo apuntar y conducir las fuerzas de la coordinación social, construir los planes que encauzan el afán colectivo. Filósofo decimos y no dialéctico. El filósofo es un poeta que

engendra con su vivir un sistema. Estamos todavía muy lejos de poder realizar el ensueño de Platón de la gobernación de los filósofos. Por eso, según el mismo Platón, sigue llorando lágrimas de sangre la Historia; pero es un hecho que la democracia, al levantar el nivel cultural de las masas, engendra un nuevo tipo de aristocracia plural que se distingue por *la aptitud en el desempeño de las funciones más urgentes y estimadas de la República*. El más apto para el servicio, tal es el aristócrata de cada rama de la técnica, y así veréis al buen obrero dichoso y elegante en el desempeño de su tarea. La elegancia supone una consumada pericia. Y preguntaréis: ¿no hay más que el técnico? Seguramente que hay más. Encima de todas las técnicas está el aristócrata de la moral. La elegancia de éste es su desinterés. Su fuerza, el espíritu de sacrificio que rige sus actos.

No hay temor de que la democracia acabe con las aristocracias. El advenimiento de las masas a la acción social, si está precedido de la escuela, no anula las aristocracias, sino que las engendra, las multiplica. El que lleguen o no lleguen al mando es ya otra cosa; el rigor, la verdadera aristocracia raras veces lo conquista. Por un San Luis de Francia ha tenido que soportar Europa no sé cuántos siglos a la tribu de Orleans y de Borbones.

Ni siquiera el refinamiento de las costumbres padece con la democracia. Todo lo contrario; hoy, nada menos, después de sólo cincuenta años de escuela primaria universal, el baño diario y el jabón, el cepillo de dientes y el deporte, el lenguaje gramatical correcto y las maneras sociables han pasado a ser patrimonio de multitudes en los países de intensa acción educativa en grado que envidiarían las jóvenes marquesas de los tiempos pretéritos.

Y, sin embargo, algo le falta a la escuela, o sea, el problema del laicismo.

El problema del laicismo

En pleno roussoísmo y según la versión de Daniel Defoe, se lanza el pedagogo de Norteamérica a elaborar robinsonismo educativo por los territorios recién incorporados a la civilización. Hay un cuento de Brett Harte, el notable rapsoda de la epopeya californiana, que nos muestra a la maestra de escuela iniciándose

en el ambiente de una aldea en construcción. Lentamente se infiltra en el medio y lo anima, le suaviza las asperezas, le presta el conjuro de la poesía. Era la maestra del Boston, que ya había dado a su Emerson. Y como ella procedieron millares de educadores. Todas las almas despiertas del mundo se conmovieron de esperanza frente al movimiento educativo de Norteamérica; muchos lo copiaron. Pasaban los años, y el éxito del sistema parecía tan rotundo que se hizo lugar común mencionar el caso de aquel pueblo redimido, levantado al poderío universal por el progreso. Y, sin embargo, mirándola bien, por dentro, desde el principio pudo verse que escuela tan bien dotada para la práctica carecía, sin embargo, de norma adecuada para afrontar el problema de la estimación de los valores de la cultura. Al principio, el Robinsón pedagogo se contentó con exhibir en clase la colección de las estampas oficiales del patriotismo. La mayoría de los pueblos de la época se entregó a la ingenuidad de convertir en semidioses a los autores de esa cosa relativamente importante en la acción temporal completamente insignificante desde el punto de vista eterno; la iniciación de una nacionalidad. Administrado el tóxico a diario, no basta a suprimir las aspiraciones sublimes que en cada hombre alientan. La apología exagerada del patriota se vuelve rutina y las almas se hastían de glorias que ellas mismas fabrican. Y las eternas preguntas renacen en cada conciencia. ¿Cuál es el sentido de la existencia? ¿Qué es lo más importante del vivir? ¿Dónde está el modelo absoluto? ¿O es posible que todo se reduzca a descubrir minas y construir casas para que vegete, se aburra y se muera el minero? ¿No hay otro ideal que clavar rieles en la arena del desierto? ¿Qué es lo bueno? ¿Qué es lo hermoso? Afluyen las preguntas, pero resulta que el maestro se halla impedido para dar respuestas; su lengua ha sido atada por el laicismo. La lección patriótica marca el límite de la enseñanza que puede impartir. Le está vedado el conocimiento sobrehumano. Apenas si podrá extenderse por el terreno científico para infundir en los alumnos entusiasmo por el inventor de la lámpara eléctrica o la navegación al vapor. Cada país de los grandes atribuirá el mismo invento a algún investigador nacional.

Y en cuanto al mito, ahí está el de Colón. Copiando nosotros de textos yanquis, lo hemos enseñado como la historia de un judío genial que debió ponerse al servicio del rey de Inglaterra, pero que un azar llevó al convento de un fraile bondadoso, pero ignorante. Y ya desde entonces vemos al insigne genovés rodeado de cortesanos torpes y de marinos envidiosos que estorbaban sus planes y a la larga lo roban de sus riquezas y honores. De los Pinzón ni una palabra, porque sus descendientes, los mexicanos y los hispanoamericanos, todavía disputan al anglosajón la herencia española, y no conviene estimularles su orgullo racial. Y así, por el estilo, se estrecha el cerco de prohibiciones y prejuicios, así como de convenciones imperialistas astutamente difundidas. Multitudes infantiles que acaso no vuelven a tener otro contacto con la cultura salen de la escuela convencidas de que el héroe nacional, Hidalgo o Washington, representan la más alta humanidad. Por lo mismo que son dignos de respeto cada uno de estos héroes de la acción pública, no debería colocárseles en posición de tener que actuar de semidioses y aun de dioses. Pues precisamente la desviación del concepto religioso aplicado a lo político engendra la mediocridad del criterio escolar usual. Dentro de este rebajamiento cultural, los *intereses* que manejan la escuela darán el otro salto. Ya no sólo endiosarán al fundador de la nacionalidad, cuyo mito, convenientemente depurado, presenta por lo menos un ideal decente, sino que, puesta ya el alma al microscopio, borrado el antes, se ofusca el futuro y el presente se impone. Y aparece la monstruosidad que cualquiera comprueba en los Estados Unidos de hoy o, por lo menos, de ayer. El tipo del gran hombre deja de ser Colón o Washington y toma los perfiles de los capitanes de industria y los magnates del dinero.

El mito cívico, vagamente virtuoso y poético, es reemplazado con la veneración de los Morgan y los Carnegie, el tipo del millonario que, tras de saquear, aspira a puesto en el santoral cívico laico.

En las escuelas mexicanas, de una manera semejante, pero de acuerdo con la modalidad nacional, los héroes a imitar ya no son Hidalgo el generoso ni Morelos el bravo, sino el verdugo en tur-

no, según las exigencias de una política que inicia en la escuela una tradición mentirosa que haga olvidar las monstruosidades de la realidad. Este rebajamiento del tipo que la escuela presenta como hombre modelo a los alumnos influye en la decadencia moral de nuestro tiempo.

Y, por lo menos, la escuela laica norteamericana recomienda a sus alumnos que semanalmente asistan a la *Sunday school*. En ella el pastor les hablará de Dios y sus leyes. Imagínense los estragos de un laicismo como el mexicano, que es agresión apasionada de todos los valores religiosos.

El laicismo yanqui representa un compromiso en la disputa de las sectas. No pudiendo prevalecer una sola, prescinden todas de enseñar religión en la escuela oficial, para inculcarla directamente a los hijos de sus feligreses. No formula negación del problema religioso; al contrario, procura colocarlo fuera del alcance del maestro ordinario y lo encomienda al experto, el docto en la teología de cada credo. Sin embargo, no ha podido evitar que la escuela oficial, desamparada de Cristo, caiga en el culto de los semihéroes de la fortuna y la fuerza, banqueros y políticos, sacerdotes de Baal.

Por su parte, el laicismo mexicano, nacido de una guerra civil, fomentado por la injerencia extranjera, ha ido evolucionando desde la neutralidad fingida de los orígenes hasta el protestantismo contemporáneo. Y los que no caen en el culto extranjero, enemistados con la influencia religiosa familiar, se quedan en su mayoría sin otra religión que la del éxito. Los siervos de tan vil divinidad se rinden en seguida al oro extranjero y se adaptan a los despotismos más denigrantes.

Comprendiendo que la escuela no podía prescindir de un ideal que supere el presente, uno de nuestros más célebres educadores, don Justo Sierra, trató de sistematizar el mito patriótico, y se hablaba en su tiempo del «altar de la patria» y de «dioses penates» vagamente aztecas, aun cuando los aztecas, en realidad, no tuvieron el menor concepto nacional. Resultó un paganismo deslucido que no cuenta con el prestigio de grandes hazañas, ni siquiera con la fuerza de los triunfos que aseguran la prosperidad y la

soberanía de un pueblo. Episodios confusos y derrotas oscuras; si algo grande, por la acción, ha habido entre nosotros, Hernán Cortés lo fue como ninguno; pero reconocer a éste nos lo veda otro de los dogmas del laicismo peculiar que padecemos: la negación de todo lo que es español. Incapaces, pues, de presentar a los alumnos el modelo de los grandes sucesos de nuestra provincia mental, caemos fatalmente en lo extranjero, cuando no en la idolatría de ese «cesarismo de la decadencia», indocto tribalismo que ya es tiempo de liquidar.

Por otra parte, por muy ilustre que sea una nación siempre tendrá que resultar mediocre una «religión de la patria» fundada en experiencias locales, necesariamente agresivas del resto de la humanidad.

Movido por el afán de otorgar a la escuela el ideal que le falta, hice yo otro esfuerzo desesperado. Consistió en ampliar el plan patriótico asentándole en la lengua y la sangre. Suelos en el mundo como simples mexicanos o como argentinos o como chilenos, ¿qué esperanza podemos tener de superar nuestra condición actual de provincia inconfesa del yanqui? Devueltos, en cambio, a la tradición española que hizo un continente homogéneo desde el Bravo hasta el Plata, las proporciones crecen y el futuro enraiza en una vieja civilización organizada. Los tiempos, sin duda, estaban maduros, porque de pronto un ardor nuevo encendió nuestras aulas. Ya no sólo teníamos con todo los hombres del mundo esa hermandad fingida que con el nombre de internacionalismo explotan en su favor los imperialismos. Revivía un parentesco vigoroso y auténtico. Y el hispanoamericano tomó los caracteres de un patriotismo mayor. Nunca pretendimos otorgar al movimiento los rasgos de una nueva religión. Está visto que no porque se aumenta el tamaño de un propósito se le hace cabal o perfecto. Las mismas limitaciones del patriotismo son válidas para el racismo y son válidas para el más internacionalista de los humanismos. En el instante en que el humanismo se hizo religión en Comte, tornáronse antipáticas las mismas humanidades, ya no sólo la humanidad. Y también el período comtista lo habíamos superado.

Subsistió, pues, y subsiste el problema de dar unidad a la enseñanza y hacerla cabal por el estudio del suceso más importante de la biología y de la Historia, la aparición y perduración del cristianismo.

Hay un crimen de cultura en el propósito laico de privar a la infancia de un juicio sobre el hecho más trascendental ocurrido en el universo desde que empezó a girar la nebulosa.

Las diversas interpretaciones que el suceso ha motivado sirven de base al laicismo para proclamar una neutralidad que esconde negaciones. La solución, dada la divergencia de opiniones religiosas, está en el respeto de las mayorías nacionales. Un laicismo como el de Norteamérica, favorable a las sectas protestantes, y por lo mismo lógico, tendría su equivalente entre nosotros en un laicismo consecuente con el catolicismo, que es la religión tradicional de nuestra gente, la sangre azul de nuestro linaje espiritual. En la escuela primaria de Norteamérica no interviene el pastor protestante porque, siendo trescientas las sectas, no acabaría el desfile de los *doctors in Divinity*, más numerosos que el profesorado. De allí el fomento de la *Sunday school* religiosa y de credo variable. En cambio, ya en la universidad prevalecen las sectas más ricas, que pagan no sólo pabellones para la facultad de Teología, sino capillas para el culto; naturalmente, dentro de la universidad misma y como parte del *curriculum* oficial. O, lo que es lo mismo, la enseñanza primaria es laica, pero el *college* y la Universidad no imponen, pero sí profesan, religión, según el donativo de que disponen. No hay, que yo sepa, universidad norteamericana de importancia que no tenga en su seno como parte del plan docente la teología, según alguna de las sectas. En las universidades más grandes acaso hay dos religiones o aún más, pero siempre existe la capilla y funciona la facultad de alguna de las variantes del cristianismo que predominan en el país. Hasta donde yo sé, únicamente la Universidad latinoamericana, o, más concretamente, la mexicana, interpretó el laicismo como negación rabiosa del hecho religioso en el mundo. En el liceo francés hay aulas reservadas para la clase de religión, que no es obligatoria, pero sí estimada. En varios países de la América española se

sigue el mismo sistema y resulta encomiable. La misma experiencia rusa nos está demostrando que no se sofoca el sentimiento religioso con prohibiciones, pues únicamente se le bastardea. Y sobre el dios Éxito de los laicos, sobre el Wotan de Hitler y sobre el ruso judaico Lenin, prevalecerá el Dios verdadero, Jesucristo.

El laicismo debe querer decir únicamente tolerancia de los alumnos de religión diferente en países poblados por distintas razas.

De cualquier manera, es urgente que el niño, en la más temprana edad posible, se entere de lo más importante que pueden comunicarle sus semejantes: el mensaje cristiano. Antes que jugar a hacer casitas con los cubos en abecedario, antes que contar al ábaco, y por encima de caperucitas e infantilismos mediocres, la historia del niño que nació Dios por merced del Padre y mediación del Espíritu Santo.

Casi todos los devotos de la escuela nueva admiran, y con razón, al Tagore educador, y comentan con respeto los métodos que el gran poeta tiene establecidos en su escuela experimental de Shantiniketan. Nos informa sobre los métodos pedagógicos de Tagore el libro de E. Pieczynska, y dice: «Al espíritu religioso atribuye Tagore una importancia capital.» En seguida nos describe el amanecer de los colegiales y los coros que entonan a Dios con las estrofas del Gitanjalí:

¿No has oído su paso silencioso?

Viene, viene, viene para siempre.

No hay inconveniente en estas enseñanzas, comenta la dama traductora, porque no se trata de «escuela confesional». Lo mismo dicen todos los protestantes y aprotstantados. Es decir, que transigen con la religión, a condición de que no se trate de la católica; es odio anticatólico lo que los mueve, y no neutralidad. Pero cualquiera persona imparcial comprende que los cantos del amanecer y del anochecer del ritual católico son infinitamente superiores desde el punto de vista poético, no digamos nada del religioso, a los cantos del Gitanjalí, por mucho que éstos valgan.

Y, en resumen, lo que harían los modernizantes y supuestos neutrales es reemplazar la gran poesía del rito romano por la ins-

piración, si no mediocre, por lo menos individual, de un poeta como hay varios. Entre el Dios con pasos de caminante que nunca llega de la estrofa ya copiada, y el Dios cristiano que llegó y mantiene viva su obra no puede haber comparación en el ánimo de ninguna persona sensata.

Con tal que no la ciegue el odio sectario.